2016

Los celos de Merceditas

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

BILHAUD y HENNEQUIN

adaptado á la escena española por

SINIBALDO GUTIÉRREZ

Copyright, by Sinibaldo Gutiérrez, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

LOS CELOS DE MERCEDITAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS CELOS DE MERCEDITAS

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

BILHAUD y HENNEQUIN

adaptado á la escena española por

SINIBALDO GUTIÉRREZ

Estrenado en el TEATRO LARA el 16 de Mayo de 1914

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES.....	SRTA. PARDO (M.)
MATILDE.....	PINO (J.)
ISABEL.....	HERRERO (C.)
MARIANO PEROTÍN.....	SR. MANRIQUE (L.)
ATAULFO REDECILLA.....	PEÑA (R.)

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Un saloncito elegante en casa de Mariano. Puerta al foro y una en cada primer término. En segundo término izquierda, chimenea con un cuadro grande encima. En segundo termino derecha, un mueblecito y sobre él un teléfono. A los dos foros dos muebles elegantes; en el del foro derecha un búcaro con flores A la derecha, primer término, velador y una silla volante á cada lado. A la izquierda, primer término, frente al público, un sofá. Alfombra. Aparato de luz apagado. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ISABEL. Después MARIANO y MERCEDES por el foro derecha. Al levantarse el telón Isabel está colocando las flores en el búcaro

MAR. (Saliendo con el gabán al brazo.) Isabel, ¿ha salido la señorita?

ISABEL Sí, señorito; á eso de las cinco y media.

MAR. Está bien. Váyase usted. (Deja el sombrero y el gabán sobre el velador.)

ISABEL No sé si dijo que iba á casa de la sombrerera...

MAR. Bueno, déjeme usted.

ISABEL ¡Ya me voy... ya me voy!... (Aparte mientras se va.) ¿Qué le pasa? (Vase rápidamente por el foro.)

MAR. (Sentándose al lado del velador y después se dirige al teléfono.) Sí, señor... ¡Pues no faltaba más! Solo lo siento por mi mujer... ¡La pobre es tan nerviosa! Si se llegase á enterar... (Suena

660034

el timbre del teléfono. Hablando.) ¡Central! Con el cuarenta y siete treinta y ocho... ¡De prisita! Es un aviso de la Jefatura de policía... (Escucha.) Bien, señorita... (Riendo. Al público, mientras cuelga el auricular.) ¡La Jefatura de policía! Es un recurso infalible que recomiendo siempre á mis amigos. ¡Las telefonistas se echan á temblar y ponen en seguida la comunicación! (Llamada violenta y apresurada del timbre.) ¿No lo dije? ¡No falla nunca! (Hablando.) ¡Diga! ¿Hablo con don Luis Fernández? Ah, ¿eres tú, querido? Sí, soy yo... Mariano Perotín... ¿Tienes inconveniente en ser padrino mío?... ¿Cómo? ¡Sí, un duelo! Hace un rato en Bellas Artes... con Redecilla.. ¿No le conoces? Yo, apenas. Una discusión. ¿Cómo? ¿Si hay faldas de por medio?... ¡Nada de eso!... Apropósito de Joselito y Belmonte... Ya te lo contaré... Una estupidez... Dijo él, que Joselito abre el compás.. Yo, al oirlo, perdí la brújula, le llamé burro, y él me echó el guante... Yo lo recogí y le dije á Redecilla: ¡Caballero, se lo devolveré á usted en el campo de honor! ¡Y me lo guardé!... No, no se puede arreglar; tenemos que batirnos... había mucha gente delante... ¿Cuento contigo? Gracias, querido. Mi otro padrino será Pepe Marrodán. Voy á telefonearle. ¿Que no tiene teléfono? ¡Qué remedio; le escribiré! Gracias, otra vez... y hasta luego. (Cuelga el auricular, se levanta, pero de pronto vuelve á coger el aparato y dice:) ¡Oiga!... ¡Oiga! ¿Eres tú?... Bueno... Se me olvidaba... (En este momento entra Mercedes por el foro y oye lo que sigue.) ¡A mi mujer, ni una palabra!... Desde luego... ¡Que no sospeche nada!

MER. (Aparte.) (¿Eh?...)

MAR. (Sigue hablando por teléfono.) ¡Figúrate; tú ya la conoces!...¡No vayas á meter la patita ..¡Gracias; hasta luego! (Cuelga el auricular. Ve á su mujer. Aparte, sorprendido.) ¡Mercedes! ¡Hasta la rodilla!...

ESCENA II

MARIANO y MERCEDES

MAR. ¿Has vuelto ya?

MER. Creo que sí. ¿Con quién hablabas?

MAR. (Aparte.) ¡Demonio! (Alto.) ¿Has oído?

MER. Poco, pero bueno: «A mi mujer ni una palabra. Que no sospeche nada».

MAR. (Afectando indiferencia.) ¡Ah... sí!

MER. Y aquí espero. (Sentándose en el sofá.)

MAR. ¿Qué es lo que esperas?

MER. La explicación de esa frase enigmática.

MAR. (Queriendo cambiar la conversación.) ¡Curiosona!... ¿Con que de dar un paseíto? (Quiere cogerle la mano.)

MER. (Retirándola.) Aquí espero.

MAR. ¿Pero es en serio? Ya que insistes, voy á confesarte la verdad. Hablaba con Ruiz, el joyero... Un regalito que quería hacerte.. he visto en el escaparate una sortija lindísima... y quería darte esa sorpresa. Por eso le recomendaba que no te dijera nada. Ya lo sabes.

MER. (Alegrándose.) ¿De veras?... ¿de veras?

MAR. ¿Qué te habías figurado? ¡Habla!

MER. (Confusa.) ¡Perdóname! Creí que hablabas con una mujer. ¡Y me había dado un vuelco el corazón!

MAR. ¡Con una mujer! ¡Yo! ¡Sospechar de mí! A los dos años de casados...

MER. ¡Perdóname! Soy celosa; ya lo sabes... No lo puedo remediar.

MAR. Pero ¿á qué santo? ¿Por qué?

MER. (Ingenuamente.) Porque soy de Badajoz y tú eres de Madrid.

MAR. ¡Vaya un motivo!

MER. Es que pienso: á una provinciana, como yo, se la pega un madrileño en cuanto se lo proponga. Y sin que yo me entere.

MAR. ¡Estás loca!

MER. (Mientras se quita el sombrero para dejarlo sobre un mueble del foro.) Pero, ya lo sabes; si me engañas alguna vez, procura que yo no lo sepa. Porque si lo sé, ¡no dudaré un momento!

MAR. (Riendo.) Conozco la frase: «ojo por ojo y diente por diente». ¡Muy bonito!

MER. ¡Te quiero demasiado para eso!

MAR. ¿Entonces, qué?

MER. Haré lo que Matilde Ansorena con su difunto. Tomar el tren .. ¡A Badajoz con mis padres! Y el divorcio, después.

MAR. ¡A Badajoz! ¡Habiendo en Madrid un señor tan lelo por tus pedazos reunidos, que no piensa más que en mimarte y tenerte contenta!

MER. ¡Zalamero! ¡Pues de tí depende!

MAR. Tranquilízate. Viviremos siempre juntitos... ¿No querrás ya invitar á tu amiga Matilde?

MER. ¡Palabra!

MAR. Y apropósito de Matilde; acabo de verla.

MER. ¿Dónde?

MAR. En la calle de Alcalá. Es una mujer elegantísima.. Y muy guapa; una viuda que no tardará en reincidir. Porque está diciendo: ¡Comedme!

MER. (Recelosa.) ¡Hablas de ella con un entusiasmo! ¿Te ha dicho algo agradable?

MAR. Pues, me ha dicho: «A los cinco minutos de jurarle á usted su mujer que no volverá á tener celos, los sentirá de la primera que se le ocurra á usted nombrar». Veo que no se ha equivocado.

MER. Tienes razón al burlarte de mí. ¡Soy una estúpida!

MAR. Ante confesión tan franca, me inclino, y voy á poner unas cartas.

MER. ¿Te vas sin darme un beso?...

MAR. No hay besos. ¡Castigada! Pero, luego, ya sabes... el capital y los intereses. (Voy á escribir al otro padrino...) (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA III

MERCEDES. Después ISABEL

MER. (Oprimiendo un botón eléctrico que habrá encima de la chimenea.) Es tonto sospechar del marido sin fundamento serio y dárselo á entender.

¡No más celos ridículos! (A Isabel que entra por el foro.) Isabel, llévese usted el sombrero y el gabán del señorito. (Aparte mientras Isabel toma el sombrero y el gabán,) (¡Pobre Mariano! Me es fiel; ¡estoy segura de su cariño!) (A Isabel.) ¡Por Dios, hija! Además, le tengo dicho á usted, que antes de guardar el gabán vacie usted los bolsillos. El señorito se lo manda también todos los días, y como si no. (Isabel pone primero el sombrero sobre el velador. Luego va sacando de los bolsillos varios objetos que coloca también sobre el velador.) ¡Cuánto cachivache! Si no se saca todo todos los días, se arruga la ropa... Periódicos, cigarros, cerillas, un par de guantes...

ISABEL Par y medio, señorita. Hay tres guantes.

MER. ¿Cómo tres? No puede ser. Pueden ser dos ó cuatro, ¿pero tres? Busque usted el cuarto.

ISABEL Pues no encuentro más que tres.

MER. (Que ha examinado maquinalmente los tres guantes, cogiendo uno.) ¡Ah! ¡Qué significa esto! ¡Un guante de mujer! No es posible... ¡Pero sí! ¡Un guante de mujer en el bolsillo de mi marido!

ISABEL ¿Lo ve la señorita? ¡Si la señorita no me hiciera vaciar los bolsillos...

MER. (Muy nerviosa.) ¡Váyase usted, Isabel. ¿Y al señorito ni media palabra!

ISABEL Descuide la señorita. No me gusta meterme en líos ajenos. (Vase foro.)

ESCENA IV

MERCEDES

(Muy excitada.) ¿Me engañará? ¡Eso no! Pero, ese guante de mujer en su bolsillo... ¡es una prueba!!... ¡Porque mío no es ese guante! Cerciorémonos bien... Yo los marco siempre con una cruz en el interior para que no los confundan al lavarlos... (Mirando.) ¡Una marca! ¡No es una cruz! .. ¡es un cuadradito! Ella lava también sus guantes. ¡Qué infame, qué monstruo, qué canalla! ¡Me iré como Matilde! Pero, antes quiero que me aconseje ella; ha pasado este calvario antes que yo. (Se di-

rige al teléfono y llama. Timbre.) ¡Central!... ¡Central! ¡Con el quinientos setenta y ocho! ¡Aviso de la Jefatura de Policía! (Cuelga el auricular.) «¡Que no sospeche nada mi mujer!» ¡Hablaba con su querida! Está ya claro. (Timbre.) ¡Gracias á Dios! (Cogiendo el auricular.) ¡Oiga! ¿Ah, eres tú?... ¡Ay, querida, si supieras! (Llora ante el aparato.) Oye... oye.. Mi marido me engaña.. tengo la prueba... ven en seguida... necesito que me aconsejes... te espero... ¿Eh?... ¿Qué dices?... ¡Ah! ¿es usted, señorita telefonista? Sí... he terminado. Gracias... Pero no corte la comunicación. Quiero darle á usted un consejo ¡No se case usted nunca... nunca! ¿Cómo? (Escucha. Entra Mariano por la primera izquierda.) ¿Que por qué? Porque todos los hombres ¿me oye usted bien? ¡Todos! son unos granujas, embusteros, sinvergüenzas... (Deja el auricular.)

ESCENA V

MERCEDES y MARIANO

MAR. (Que ha oido la última palabra.) ¿Eh?

MER. (Volviéndose, Aparte.) (¡El! Me alegro.)

MAR. (Risueño.) ¿A quién le trasmitías esa *nota diplomática?*

MER. Pronto lo sabrá usted.

MAR. ¿De usted? ¿Me hablas de usted? ¿A qué santo?

MER. ¿Y á qué santo llevaba usted tres guantes en el bolsillo del gabán?

MAR. (Aparte.) (¡Aprieta! ¡El guante de Redecilla!)

MER. Dígnese usted explicarse, caballero.

MAR. (Afectando despreocupación.) ¿Yo qué quieres que te diga? Habré cogido al salir, tres guantes en vez de dos.

MER. No.

MAR. ¿Por qué no?

MER. Porque conozco bien tus guantes. Y uno de esos tres guantes no es tuyo. ¿Cómo se explica que esté en tu bolsillo?

MAR. Pues no lo entiendo.

MER. ¿De veras?

MAR. (Aparte, con súbita inspiración.) (¡Ah!) (A Mercedes.) ¡Ahora caigo! Me lo explico perfectamente.

MER. ¡Vamos á ver!

MAR. Al llegar á casa venía del Círculo. Estuve hablando con varios amigos, y, sin duda, maquinalmente, cogí el guante de alguno de ellos... Sí..., eso es... Ahora lo recuerdo bien... En la sala de billar ha sido.

MER. ¿En la sala de billar? Entonces, ¿al Círculo van mujeres á jugar al billar?

MAR. ¿Cómo mujeres? ¡Si les está prohibida la entrada!

MER. ¡Pues el guante que has cogido *en el Círculo*, es un guante de mujer!

MAR. ¿Un guante de mujer?

MER. (Enseñándoselo.) ¡Míralo!

MAR. (Desconcertado.) Sí, tienes razón. . Pero, ¿cómo estaba ese guante en el bolsillo de mi gabán?

MER. ¡Pues me gusta la pregunta! ¡Tú lo sabrás!

MAR. No te irrites, Merceditas. Si á tí te sorprende, á mí me asombra. ¡Te lo juro por lo más sagrado!

MER. Pues la explicación es muy sencilla. Al venir, no salías del Círculo, sino de casa de tu amiguita. Y ese guante, es de ella.

MAR. ¡Yo no tengo *amiguitas!*

MER. ¡Ay, mamá de mi alma, qué desgraciada soy! (Se sienta en el sofá, llorando.)

MAR. (Reflexionando aparte.) (No me cabe duda... Redecilla llevaba en el bolsillo un guante que no era de Redecilla, sino de una mujer, y me lo arrojó creyendo arrojarme el suyo... No hay otra explicación.) (A Mercedes.) ¡Merceditas!

MER. (Levantándose decidida.) ¡No más lloriqueos!... ¡Estoy decidida!... ¡El divorcio!

MAR. ¡Escúchame!

MER. ¡El divorcio, caballero! ¡Adiós! (Pasa á la izquierda.)

MAR. (Deteniéndola.) No te irás sin haberme oído. Quería evitarte un disgusto, y por eso no te lo dije antes. Pero, ya que dudas de mi fidelidad y te atreves á hablar de divorcio..., ¡pecho al agua! Tengo un duelo pendiente, y me batiré mañana.

MER. ¿Un duelo? (Excéptica.) ¿Y qué tiene que ver con el guante?...

MAR. Mucho que ver. Hace una hora he tenido una discusión en el Círculo con un socio... Nos acaloramos y le llamé *burro*... El se molestó por eso y me echó el guante..!

MER. (Irónica.) ¿Un guante de mujer? (Pasando á la derecha. Mariano la sigue hablando.)

MAR. Sí...; es decir, no..., el suyo... ó al menos así lo creía él... pero, sin duda, llevaba este en el bolsillo y yo lo he recogido sin fijarme... Todo esto es perfectamente claro y lógico.

MER. Lógico, como todas las mentiras inventadas para salir del paso...

MAR. Pero, si todo fuera mentira, ¿me tendría yo que batir mañana?

MER. ¡Un duelo! ¡Una mentira más! (Pasa á la izquierda.)

MAR. (Protestando.) No. La prueba es que cuando entraste hablaba por teléfono con...

MER. ¿Con el joyero?

MAR. ¡No!

MER. ¿Cómo que no? ¿Otra mentira lo de la sortija? ¿Lo ves?

MAR. Le hablaba á uno de mis padrinos.

MER. ¡Eso se lo cuentas á otra!

MAR. ¡Merceditas, óyeme!

MER. ¡Es inútil! Te lo advertí: en cuanto me engañes...

MAR. ¡A Badajoz, sí... Pero...!

MER. Me has engañado. ¡Voy á hacer la maleta! (Vase por la izquierda, llevándose el sombrero y el guante.)

ESCENA VI

MARIANO, después ISABEL

MAR. ¡Y es muy capaz de marcharse! Vaya un escándalo... y sin motivo, que es lo peor... ¡Redecilla tiene la culpa! ¡Ese idiota! Sólo á un memo como él se le ocurre llevar encima un guante de mujer .. Mañana me las pagará en el campo de honor .. ¡Lo ensarto! (A Isabel que asoma por el foro.) ¿Qué hay?

ISABEL Un caballero que desea hablar al señorito. (Le entrega una tarjeta.)

MAR. (Leyendo.) «Ataulfo Redecilla»... ¿Redecilla? ¿Mi adversario? ¡En mi casa! (Resuelto.) Pues llega oportunamente... ¿Quiere hablarme? ¡Yo también! ¡Que pase ese caballero! (Isabel sale por el foro. Adopta aptitud trágica y amenazadora. De pronto, cambiando de tono.) Aunque bien pensado..., Merceditas no ha querido creerme á mí..., pero á él no tendrá más remedio que creerle.., Sí, es lo mejor... (Isabel entra por el foro acompañando á Redecilla. Vase Isabel por el foro.)

ESCENA VII

MARIANO, REDECILLA y después ISABEL

RED. (Muy digno.) Caballero; de sobra se me alcanza lo incorrecto de mi conducta al rogar á usted se digne recibirme, habiendo entre nosotros pendiente un desafío.

MAR. Al recibirle á usted, también yo cometo una incorrección. La mía excusa la de usted; ó la de usted justifica la mía. Total, igual.

RED. Celebro que usted lo estime así.

MAR. ¿Desea usted hablarme? Ya le escucho. Yo, á mi vez, también tengo algo que comunicarle á usted.

RED. Ante todo, tenemos que batirnos...

MAR. Nos batiremos.

RED. Continuamos siendo adversarios.

MAR. Sí, señor. (Haciendo una indicación para que se acerque.) Ya le escucho á usted.

RED. Mil gracias, caballero; tengo que pedirle á usted un favor.

MAR. Yo otro á usted, caballero.

RED. (Inclinándose.) Encantado.

MAR. Yo lo estoy más. Dígnese tomar asiento. (Le indica una de las sillas que habrá al lado del velador.)

RED. (Va á sentarse pero se incorpora de nuevo.) Pero me siento en calidad de adversario.

MAR. Lo mismo digo. (Se sientan.)

RED. ¿Quiere usted comenzar?

MAR. Usted primero.

RED. (Levantándose.) No puedo consentir...

MAR. (Levantándose.) ¡Es usted el ofendido!

RED. Tiene usted razón. (Se sientan de nuevo.) Ante todo, permítame usted una pregunta, caballero. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

MAR. Lo estoy en este preciso momento.

RED. (Con brío.) ¡Yo lo estaré siempre! ¡Porque no conozco á la mujer á quien amo! (Mariano le mira extrañado.) Esto exige una explicación. Y es esta: hace quince días estuve en el Teatro de Lara; *echaban En familia*... No me pregunte usted nada de la obra...

MAR. La conozco.

RED. Yo, no; porque ví en un palco entresuelo una mujer... ¡Qué mujer! ¡Qué pedazo de mujer!

MAR. No se esfuerce usted en detallarla Me la figuro.

RED. Prosigo. La acompañaba una señora de edad.

MAR. Sí, sí... pero, no adivino todavía en qué puedo servirle á usted.

RED. Abrevio Yo no tenía más que una idea, ya la comprenderá usted: saber el nombre de mi bella desconocida. Esperaba seguirla al terminar la función.

MAR. ¡Ah! ¡Ah!

RED. Pero, antes de caer el telón, se pone el abrigo y abandona el palco.

MAR. Y usted abandona su butaca.

ATAULFO Sí; pero, yo estaba en el centro de la fila. Me levanto y me gritan: ¡Sentarse! Quiero pasar y mis vecinos se oponen refunfuñando. Me trabo de palabras con un señor... Cambio de tarjetas...

MAR. ¿También?

ATAULFO Y de bofetadas. Dos días después, un duelo.

MAR. ¡Vaya por Dios!

ATAULFÓ No me compadezca usted. ¡Fué por ella! Pero el incidente me hizo perder unos instantes. Cuando llegué al vestíbulo, la del humo. Mi adorada había desaparecido. Enloquecido, pregunto á los acomodadores, á los porteros, y, nada. Desesperado subo al

palco en busca de algún indicio, de algún dato salvador...

MAR. ¿Y nada?

ATAULFO Algo. En un rincón del palco, tuve la dicha de encontrar algo que la pertenecía... ¡Un guante!...

MAR. (Vivamente levantándose.) ¿El que me arrojó usted hace una hora? (Va a poner su silla á la izquierda de la mesa.)

ATAULFO ¡Sí! ¡Ah, señor adversario, devuélvame usted ese guante que es para mí una reliquia! ¡Ese guante que me la recuerda, y yo le daré en su lugar uno de los míos!

MAR. Con mucho gusto.

ATAULFO (Con un arranque.) ¡Ah, caballero!

MAR. Pero con una condición.

ATAULFO ¡Todo lo que usted quiera!

MAR. La de que le repita usted á mi mujer esa historia que me acaba usted de contar.

ATAULFO (Extrañado.) ¿A su señora de usted? ¿Por qué?

MAR. Porque ese guante que usted busca, lo tiene ella en su poder.

ATAULFO ¡Ella!

MAR. Ella misma, que lo ha encontrado en un bolsillo. Y está celosísima viendo en el guante una prueba de que la engaño. Habla nada menos que de divorciarse... Voy á llamarla para que delante de ella repita usted...

ATAULFO Comprendido. Y tranquilícese usted; antes de cinco minutos estará usted rehabilitado á los ojos de su señora. Y tendrá que pedirle á usted perdón de sus infundadas sospechas.

MAR. Y ella le devolverá á usted el guante de la incógnita dama de sus pensamientos.

ATAULFO Ni media palabra más. Confíe usted en mí, querido señor Perotín. (Le tiende la mano.)

MAR. (A punto de estrechársela.) Gracias, querido Redecilla... (Se dan cuenta de su simultáneo ademán y un poco corridos retiran las manos.)

ATAULFO Perdón... ¡Adversario!

MAR. ¡Adversario! (Se miran. Pausa.)

ATAULFO De usted para mí... El desafío... No le parece á usted que...

MAR. Tanto más... cuanto que ahora comprendo que no tenía yo razón.

ATAULFO Sí... era yo quien no la tenía... *Joselito* abre muy rara vez el compás...

MAR. Muy pocas... casi ninguna... En cambio yo reconozco que Belmonte es un verdadero fenómeno ..

ATAULFO Ya ve usted ¡cinco verónicas sin enmedarse!...

MAR. ¡Colosal! ¡Extraordinario! Me complazco en facilitar nuestra reconciliación porque, fuí yo quien le llamó á usted ¡burro!

ATAULFO ¿Retira usted el burro?

MAR. ¡Con mil amores!

ATAULFO Entonces... (Tendiéndole la mano.) Olvidemos lo pasado.

MAR. (Estrechándosela.) ¡Mi querido Redecilla!

ATAULFO ¡Mi querido Perotín!

MAR. Voy á llamar á mi mujer. (Pasa á la izquierda para tocar el timbre sobre la chimenea.)

ATAULFO Eso es. (Aparte.) ¡Su guante! ¡Voy á recobrar su guante!

MAR. (Isabel que entra por el foro.) Dígale usted á la señorita que haga el favor de venir un momento.

ISABEL Bien, señorito.

MAR. Diga usted que es el señor... el señor Redecilla que desea hablarle de un asunto importantísimo.

ISABEL Está bien. (Vase por la izquierda.)

MAR. Si la llamo yo, después de lo ocurrido, sería muy capaz de no querer venir. ¡A ver cómo se conduce usted!

ATAULFO Dentro de cinco minutos su señora caerá en sus brazos rendida.

MAR. ¡Ojalá!

ESCENA VIII

DICHOS y MERCEDES

ATAULFO (Saludando.) Señora...

MER. (A Redecilla.) Perdone usted, caballero... ¿Es usted quién me mandó llamar?

MAR No; he sido yo.

MER. ¡Otra mentira!

MAR. Esta la confieso. Pero si la dije, fué con la intención de poner en claro lo del guante.

MER. ¿Y qué tiene que ver este caballero?...

MAR. El señor es el propietario de ese guante.

ATAULFO El propietario, precisamente, no. . No es esa la palabra... Quiero decir...

MAR. Lo mismo da .. Las palabras son lo de menos.

MER. (Aparte.) (Se contradicen. Señal de que se entienden.)

MAR. Bueno: pues el señor es quien me arrojó en el Círculo el guante... (Presentando.) Don Ataulfo Redecilla, mi adversario; mi señora. (Indica á Mercedes. Mercedes se sienta en una silla ante el sofá.) Ahora, escucha al señor y te convencerás de lo infundado de tus sospechas... (A Redecilla.) ¡Usted tiene la palabra! (Coge la silla que habrá á la izquierda de la mesa, la adelanta un poco hacia el centro de la escena y le indica á Redecilla que tome asiento.)

ATAULFO (Sentándose, á Mercedes.) Seré breve; pero antes, permítame usted una pregunta, señora. ¿Se ha enamorado usted alguna vez?

MER. ¿Cómo dice usted?

MAR. (Interponiendose entre Mercedes y Redecilla.) ¡Al grano, al grano!

ATAULFO Perfectamente. Hace quince días estuve en Lara. *Echaban* «En familia»... No me pregunte usted nada de la obra...

MAR. (Impaciente.) ¡Hombre, por Dios, al asunto! Y el asunto es que mi esposa ha encontrado en un bolsillo de mi gabán un guante de señora. Sospecha que la engaño. Le he contado nuestra discusión en Bellas Artes, nuestro desafío, y no me quiere creer... Y yo le suplico á usted le diga si lo que yo le he referido es exacto.

ATAULFO Exacto de toda exactitud.

MAR. Ya lo ves.

MER. ¿Qué es lo que veo?

MAR. Que no te mentía.

MER. (Levantándose.) Decididamente, querido, me crees más tonta de lo que soy. Esto no es más que una farsa indigna que estais representando el señor y tú.

MAR. ¿Una farsa?

ATAULFO ¿Y conmigo? (Va á dejar de nuevo la silla donde antes se encontraba.)

MER. Desde las primeras palabras, he comprendido que se han puesto ustedes de acuerdo. El juego está claro. Cuando viste que yo no pasaba por lo del desafío, quisiste justificar tu mentira y encontraste á este *señor* que se prestó á representar el papel de adversario...

ATAULFO ¡Señora! Yo soy incapaz...

MAR. ¿Cómo, representar?...

MER. ¡Muy bonito! Ponerse de acuerdo para abusar de la credulidad de una infeliz mujer.

ATAULFO Pero, señora...

MER. (A Redecilla.) Y si quiere usted conocer mi opinión, le diré que lo que está usted haciendo, tiene poco de decente.

ATAULFO (Ofendido.) ¡¡Señora!! (A Mariano que se ha dirigido un poco á la izquierda.) Caballero, ruego á usted procure que la señora me trate con cortesía.

MAR. ¡Conseguir es! ¡Si esta mujer es más terca que una mula!

MER. ¡Mula! ¡Me ha llamado mula! (A Redecilla.) Caballero, usted es testigo: mi marido además de engañarme, me insulta.

ATAULFO Usted dispense, señora; yo no he venido aquí á servir de testigo, sino á recoger el guante que le arrojé á su marido de usted.

MAR. ¿No lo oyes? Esta vez no dirás que se lo he hecho decir yo... El guante que *él*, *él*, *él* me arrojó...

ATAULFO Y que deseo, cuanto antes, recuperar.

MER. (Pasando al centro.) ¡Para devolvérselo en seguida á mi marido! ¿No es eso?... ¡Narices! Ese guante es una pieza de convicción, y quiero conservarlo para exhibirlo ante el Tribunal.

ATAULFO (Con exaltación.) Señora, ese guante es el símbolo de mi amor... la esperanza de mi alma... ¡Y me lo roba usted!! ¡Vea usted lo que hace!

MER. ¿Se atreve usted á amenazarme?

ATAULFO Sin duda me he expresado mal...

MAR. Es que tú no sabes la historia de Lara.

MER. El señor me insulta. ¡En mi casa! ¡En tu presencia! ¿Y tú se lo consientes?

MAR. ¿Yo?

MER. Salga usted... caballero, ¡salga usted de aquí inmediatamente!

ATAULFO (A Mariano.) ¡Señor mío, obligue á su señora á devolverme el guante!

MAR. (Exasperado.) ¿Quiere usted dejarme ya en paz con el dichoso guante?

ATAULFO ¡Hombre, me gusta!

MAR. ¡Me está usté cargando hace ya hora y media! ¡Mi mujer tiene razón que le sobra!... ¡Váyase usted á paseo!

ATAULFO ¡Qué insolencia! ¡Caballero, le enviaré á usted mis padrinos! (Hace que se va.)

MAR. ¡Y yo á usted los míos!

ATAULFO (Adelantándose. ¡Y lo que es esta vez, en serio!

MER. (Radiante.) ¿Esta vez? ¡Ya ves cómo antes era en broma!

MAR. ¡Te digo que no!

MER. No te obstines. El señor, sin querer, ha descubierto el pastel!

MAR. (A Redecilla.) ¡Está visto que no abre usted la boca más que para decir tonterías!

ATAULFO Mañana le contestaré á usted sobre el terreno.

MER. No se esfuercen ustedes en continuar la farsa. (Va á apoyarse sobre la chimenea.)

MAR. (A Redecilla.) ¡Oh! ¡Váyase usted! ¡Váyase usted!

ATAULFO ¡Sí, ya me voy! (Saluda á Mercedes; después dirígese á la puerta; en el momento de salir vuelve hacia Mariano con desprecio.) ¡Burro! (Sale por el foro.)

ESCENA IX

MARIANO y MERCEDES

MAR. ¡Al fin solos! ¡Uf, qué tío pelma! ¡Mercedes, escúchame!

MER. (Friamente, yendo hacia él.) Perdón, caballero, la última palabra... ¿Su nombre?

MAR. ¿El nombre de quién?

MER. De su ... amiga de usted.

MAR. Merceditas, por los clavos de Cristo, no me

atormentes más. Yo no tengo amigas; ¡te lo juro, te lo juro y te lo juro!

MER. ¿No quiere usted decirme su nombre?

MAR. (Frenético.) ¿Quieres desesperarme? ¿Te propones sacarme de quicio?... ¡Me voy... porque si me quedo aquí, acabaré por...

MER. Eso es. ¡No contento con engañarme, se atreve usted á pegarme! ¡Es usted una alhaja!

MAR. ¡Te pegaré! ¡te pegaré y te pegaré! (Dirígese furioso á la puerta del foro. A Isabel que entra.) ¿Qué se le ofrece á usted?

ISABEL (Sorprendida.) Es una visita.

MAR. ¡No estoy en casa!

ISABEL ¡Es una visita para la señora!...

MAR. Pues la señora si está... (Con rabia.) ¡Vaya si está! ¡Y no querrá el diablo llevársela! (Vase por la derecha dando un portazo.)

ESCENA X

MERCEDES, ISABEL

ISABEL Señorita, es...

MER. (Malhumorada.) Bueno... ¿Quién es?... ¿Quién? ¡Hable usted!

ISABEL Es la señorita Matilde.

MER. ¡Matilde! ¡Gracias á Dios! ¡Pronto! ¡Que pase!... (Isabel vase por el foro, mientras Mercedes va á la derecha.) ¡Maldito guante! (Lo arroja sobre la mesa.) ¿De quién será?

ESCENA XI

MERCEDES, MATILDE

MAT. (Entrando.) Aquí me tienes.

MER. (Atajándola.) ¡Gracias, querida Matilde, por haber venido en seguida!

MAT. ¿De modo que es cierto?

MER. (Arrojándose á su cuello.) ¡Sí!

MAT. ¡Pobrecita mía!

MER. ¡Ya estamos iguales! ¡Mi marido me la pega, como te la pegaba tu difunto!

MAT. No será tanto... Porque aquél, á quien Dios tenga en gloria, era una especialidad en la materia. ¡El campeón del mundo!

MER. Y yo voy á seguir tu misma conducta. Te divorciaste, ¿no es verdad? Pues yo me divorcio. ¿Te fuiste á Villar del Arzobispo? ¡Pues yo me voy á Badajoz!

MAT. Sí, pero antes cuenta, cuenta... ¡Yo que creía á Mariano una mosquita muerta!

MER. ¡Pues, ahí tienes! ¡Es un juerguista digno de que publiquen su retrato en *La Hoja de Parra!*

MAT. ¡Qué hombre! ¡Todos iguales, decididamente!

MER. Sí. ¡Pero eso no es un consuelo!

MAT. ¿De modo que el tuyo tenía un lío?

MER. ¿Uno? ¡Diez tal vez! ¡Veinte! ¡Qué sé yo! En todo caso, de uno tengo ya la prueba.

MAT. ¿Y sabes quién es ella?

MER. No me ha querido decir su nombre, naturalmente, pero yo lo averiguaré.

MAT. Tu marido ha sido siempre muy aficionado á ir al cine. Puede que se trate de alguna *vedete*...

MER. ¿Quién sabe? A lo mejor es una de mis amigas.

MAT. (Incrédula.) ¡Mujer!

MER. Se dan casos... Y te aseguro que si es una amiga... lo que es esa... ¡cobra, vaya si cobra! (Gesto de amenaza.)

MAT. No adelantes los acontecimientos, y cuéntame cómo ha sido el enterarte...

MER. ¡Una casualidad!

MAT. Sin esas casualidades se creerían felices las dos terceras partes de los matrimonios.

MER. ¿Las dos terceras? Pon las tres cuartas. ¡Pon todos!

MAT. Bueno; dejemos ahora á los demás, y ocupémonos de ti.

MER. Sí, pero sentémonos si te parece... ¡Estas emociones me han dejado rendida, muerta!

MAT. ¡Pobre Merceditas! (Se sientan á la mesa. Matilde á la izquierda, Mercedes á la derecha)

MER. Pues verás. Inútil decirte que aún no hace una hora estaba yo á cien leguas de sospechar mi desgracia...

MAT. (Que ha cogido el guante que Mercedes habrá arrojado sobre la mesa.) ¡Ah!... ¡Qué cosa tan curiosa!...

MER. ¿Qué es ello?

MAT. ¡Este guante es el mío!

MER. (Vivamente.) ¿Cómo dices? (Se levanta.)

MAT. ¿Cómo tienes en tu poder uno de mis guantes?

MER. (Conteniéndose.) ¿Ese guante es tuyo? ¿Estás segura?

MAT. ¡Eso es bien fácil de comprobar! (Vuelve el guante.)

MER. (Aparte.) (¡Ella! ¿Será ella?)

MAT. Para que no se confundan al lavarlos, he adoptado una marca especial. ¡Un cuadradito!

MER. (¡Un cuadradito! ¡Ella es!)

MAT. (Mirando la marca.) Aquí está... ¡Míralo!

MER. (Aparte, á punto de estallar.) (¡Ella! ¡Ah!)

MAT. Hace unos quince días me di cuenta de que me faltaba un guante. Pero, ¿cómo es que se encuentra aquí?

MER. ¿Cómo? ¡Ah... ah!...

MAT. (Estupefacta.) Pero, ¿qué te pasa?

MER. ¿Quieres saberlo? (Va á la chimenea y llama oprimiendo furiosamente el timbre.)

MAT. Sí, querida... continúa.

MER. ¡Querida! ¡En lo sucesivo, señora!

MAT. (Asombrada, repitiendo.) ¿Señora?... (Isabel asoma.)

ESCENA XII

DICHAS, ISABEL

MER. (Interrumpiéndose y dirigiéndose á Isabel.) Al señorito, que venga inmediatamente.

ISABEL Está bien, señorita. (Vase por la derecha.)

MAT. (Sin comprender nada.) Pero...

MER. (Continuando.) En lo sucesivo, señora, absténgase usted de llamarme *querida*. (En el centro.)

MAT. (Impacientándose.) No te entiendo... ¿Quieres decirme lo que te pasa?

MER. (Mirando por donde ha de venir su marido.) Un instante... un instante no más... Va usted á saberlo en seguida... (Dirigiéndose á Mariano que entra por la derecha y al hacerlo encuentra en parte á Matilde de modo que Mariano no la ve al principio.)

ESCENA XIII

MERCEDES, MATILDE y MARIANO

MAR. (Entrando sin ver á Matilde.) ¿Se han calmado ya esos nervios?

MER. ¡Buena calma nos dé Dios! Caballero, hace un rato se negó usted á decirme el nombre de su amante... (Matilde, Mercedes y Mariano.)

MAR. (Contrariado y dispuesto á marcharse de nuevo.) ¿Otra vez?...

MER. Pues bien; ya sé quién es su amante de usted!

MAR. (Deteniéndose.) ¿De veras? ¡Me gustaría conocerla! Ya me la presentarás.

MER. (Señalando á Matilde.) ¡Aquí está, caballero!

MAT. (Estupefacta.) ¡Yo!

MAR. ¿Matilde?

MAT. ¿Yo la amante de Perotín? ¡Yo!

MAR. ¿Yo el amante de Matilde?

MAT. (A Mariano.) ¡Está loca!

MAR. ¡De remate!

MER. ¡Claro! ¡Hay que disimular!...

MAT. Supongo que se trata de una broma...

MER. Vamos á ver. Este guante es tuyo, ¿sí ó no? (Cogiéndolo vivamente.)

MAT. ¡Mío!

MAR. (Estupefacto.) ¿De usted? ¿Ese guante es de usted?

MER. No empieces como antes. No estamos en el teatro y la señora no necesita apuntador...

MAR. (¿De ella .. el guante?)

MER. (A Matilde.) Puesto que este guante es de usted...

MAT. Eso no me explica el por qué de tu acusación..

MER. ¿Entonces cómo es que lo he encontrado en uno de los bolsillos del gabán de mi marido?

MAT. ¿Mi guante en un bolsillo de tu marido?

MAR. (A Matilde.) Es muy sencillo... Va usted á ver.

MER. No le pregunto á usted, sino á esta señora...

MAR. Pero esta señora no te puede contestar, por-

que no sabe que ella es la dama del palco de Lara...

MAT. ¿La dama del palco? (A Mariano.) En vez de hablarme en chino, más valiera que le dijese usted á su mujer que yo no soy su amante de usted...

MAR. Hace una hora que lo estoy diciendo en todos los tonos, que yo no tengo amante.. ¡y me oye como quien oye llover!

MER. ¡Siempre el mismo sistema de defensa! ¡Lástima de inquisición!

MAT. (A Mariano.) Pero vamos á ver; ¿cómo es que tiene usted mi guante en el bolsillo?

MAR. ¡Porque me lo arrojó á la cara Redecilla!

MAT. ¿Redecilla? ¿Y quién es Redecilla?

MER. (A Mariano.) ¿Lo ve usted?... ¡No le conoce!

MAR. ¡Naturalmente! ¡Como que no le ha visto jamás!

MER. ¡Y usted decía que está enamorado de ella!

MAT. ¿Enamorado de mí, Redecilla?

MAR. Matilde, por Dios, no conteste usted nada... ¡porque nos vamos á embrollar más todavía!

MER. ¡No negará usted ahora que trata de evitar que la señora le descubra!

MAT. (A Mariano.) ¡Me va usted á comprometer!

MAR. Al contrario, Matilde. La disculpo á usted. Usted perdió un guante hace quince días en un palco del teatro Lara.

MAT. En efecto; estuve en Lara hace quince días.

MAR. (A Mercedes.) ¿Lo estás viendo?

MER. Lo que veo es que esta señora las pesca volando y le hace á usted el juego.

MAT. ¡Mira, Mercedes, esto ya es demasiado!; estás obcecada, loca... (Conteniéndose á duras penas.) Escúchame; ya ves que á pesar de tus insultos no he perdido la calma... Pues te juro por nuestra amistad...

MAR. (Muy excitado.) Y yo, que estoy tan sereno como Matilde, te juro por mi amor...

MER. Su amor de usted, caballero, y su amistad de usted, señora, han quedado á la misma altura... ¡Y puesto que me roba usted á mi marido, guárdeselo usted! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIV

MATILDE y MARIANO

MAT. ¡Es inaudito lo que me pasa!

MAR. ¿A quién se lo cuenta usted? Pero hacer entrar en razón á una mujer, es más difícil que enseñar á decir *papá* y *mamá* á una langosta... (Se pasea.)

MAT. Señor mío: supongo que esa reflexión no se referirá también á mí...

MAR. Se refiere á todas las mujeres del globo terráqueo...

MAT. ¡Qué grosero!

MAR. (Parándose ante Matilde.) ¡Porque usted es, después de todo, la culpable de lo que aquí está pasando!

MAT. ¿Yo?

MAR. Sí, señora, usted. Si no se hubiera usted quitado los guantes en Lara hace quince días, todo esto no habría ocurrido.

MAT. ¡Pues, hombre!

MAR. (Furioso.) Pero la moda es no ponerse los guantes. Y aunque sufra la paz de los matrimonios, hay que seguir la moda por ridícula que sea.

MAT. (Pronta á estallar.) ¡Señor Perotín! ¡Caballero!... (Cambiando de tono.) Pero, no; en vez de decirle á usted lo que se me está ocurriendo... que es una barbaridad muy gorda. . prefiero ir á intentar de nuevo convencer á esa infeliz... (Dirígese hacia la izquierda.)

MAR. Y yo me voy á tomar el fresco... ¡que buena falta me hace!

MAT. El fresco es poco. ¡Una ducha es lo que le está á usted haciendo más falta todavía! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XV

MARIANO, después ATAULFO REDECILLA

MAR. (Paseándose.) Pues no es ninguna tontería... Estoy congestionado, y una ducha me sentaría al pelo...

ATAULFO (Entrando vivamente por el foro con cara de...) ¿Dónde está? ¿Dónde está esa mujer? (Redecilla y Mariano.)

MAR. (Dando un respingo.) ¡Cómo! ¿Usted otra vez?

ATAULFO ¡Está aquí! ¡No tiene más remedio que estar aquí!

MAR. ¿Quién?

ATAULFO (Con gran volubilidad.) ¡Ella! ¡Ella! ¡La de Lara! ¡No me diga usted que no! Al salir la ví entrar en esta casa, y me dije: «Redecilla, cueste lo que cueste, esta vez no se te escapa. ¡Has de verla, hablarla, saber cómo se llama!» ¡Por Dios, dígame usted que no me engaño y que está aquí!

MAR. (Conteniéndose apenas.) Sí... pero...

ATAULFO (Desfalleciendo de alegría.) ¡Ah!... ¡Ah! ¡Señor Perotín! (Cae en brazos de Mariano.)

MAR. ¿Qué le da á este hombre?

ATAULFO No haga usted caso: es la alegría de haberla encontrado otra vez... Voy á volverla á ver... ¡todo me es igual! ¿Dónde está?

MAR. (Aparte, ocurriéndosele una idea.) ¡Ah, qué idea! ¡Sí! ¡No hay otro modo de arreglar las cosas!

ATAULFO ¡Dígame usted dónde está!

MAR. (Señalando á la izquierda.) ¡Ahí!

ATAULFO ¡Ahí! ¿Tan cerca de mí? (Desvaneciéndose.) ¡Ah, ah! (Cae desmayado en la silla ante el sofá.)

MAR. Si se accidenta usted otra vez no dejaré á usted que la vea

ATAULFO (Levantándose repuesto.) ¡Ya pasó! ¡Soy fuerte como una roca!

MAR. ¡Oigame usted! ¡Pero óigame usted bien!

ATAULFO Pida usted lo que quiera. Concedido de antemano. ¡Ya la encontré!

MAR. Pues pido—ya que la encontró usted—que se case usted con ella.

ATAULFO Entonces... ¿es soltera? ¿Es libre?

MAR. ¡Es viuda! ¡Completamente libre!

ATAULFO ¡Libre! ¡Ay, señor Perotín! (Cae desmayado en una silla.)

MAR. (Cogiéndole y obligándole á levantarse.) ¡Firmes! He agotado todos los recursos para convencer á mi mujer de mi inocencia, sin resultado. Solo veo un medio de recobrar su confianza, que se case usted con esa señora que está ahí dentro. ¡Por consiguiente; si

dentro de media hora no ha obtenido usted su mano, le levanto á ustedla tapa de los sesos!

ATAULFO ¿Media hora? ¡Pero, si no la conozco todavía!

MAR. (Diriginédose á la derecha.) ¡Usted verá lo que le conviene!

ATAULFO Pero... Perotín...

MAR. ¡O le levanto á usted la tapa de los sesos!

ATAULFO Tapa... tapa...

MAR. (Sacando el reloj.) ¡Son las seis y veinte!

ATAULFO Preséntеme usted, al menos...

ESCENA XVI

DICHOS y MATILDE

MAT. (Entrando por la izquierda y dirigiéndose hacia el foro.) (Predicar en desierto...)

MAR. ¡Ahí la tiene usted!

ATAULFO ¡Ella!

MAR. (Poniéndose en el centro, á Matilde que va á salir.) Señora, un momento...

MAT. (Muy secamente.) Perdone usted, caballero... Después de lo ocurrido...

MAR. Tranquílese... usted... No se trata de eso... (Presentando.) El señor Redecilla... doña Matilde Ansorena, viuda de Rui-López...

ATAULFO (Aparte, con entusiasmo.) ¡Matilde! ¡Se llama Matilde!

MAR. (A los dos.) Les dejo á ustedes... (Sacando el reloj.) ¡Las seis y veinticinco! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XVII

ATAULFO REDECILLA y MATILDE. Después, MARIANO

MAT. (Repitiendo.) ¿El señor Redecilla?

ATAULFO (Encantado.) Redecilla. ¡Qué bien suena mi apellido, pronunciado por usted! ¡Parece mentira tanta felicidad! (Se desmaya.)

MAT. Pero, ¿se pone malo?

ATAULFO ¡Malísimo! (Cae sobre una silla.) ¡Ay!... ¡Ay!...

MAT. (Asustada.) ¡Qué miedo! ¡Socorro!

ATAULFO (Con voz apagada.) ¡No llame usted!... ¡Que van á venir!

MAT. ¡Precisamente! (Llamando.) ¡Señor Perotín!

ATAULFO (Tratando de hacerla callar.) ¡Señora!

MAT. ¡Señor Perotín!

MAR. (Entrando por la derecha.) ¿Está ya eso? ¿Se casan ustedes?

MAT. ¿Qué?

MAR. (A Redecilla.) ¿No?

ATAULFO Esta señora me tiene miedo... Dígale usted... que...

MAR. Eso es cosa de usted... (Mirando el reloj.) Las seis y treinta y dos... A las siete menos diez le saltó á usted la tapa de los sesos...

MAT. ¿Qué dice usted?

MAR. Nada, señora... nada...

MAT. Pero, no se vaya usted... No me deje usted sola con un enfermo.

MAR. ¿Enfermo? ¿El? No, señora... ¡Es un enamorado! (A Redecilla.) ¡Firmes! (Redecilla se levanta, Mariaao vase por la derecha.)

MAT. (Estupefacta.) ¿Un enamorado? ¿Qué es lo que ha dicho Perotín? ¿Una broma, verdad? Hable usted, caballero... Explíqueme usted...

ATAULFO ¡Ay! No me atravo á decir palabra.. Sentiría ofender á usted...

MAT. No se trata ahora de ofenderme, sino de darme una explicación...

ATAULFO Pues, óigala usted... Hace quince días estuve en Lara... *Echaban* «En familia». No me pregunte usted nada de la obra...

MAT. La conozco...

ATAULFO (Con arranque.) ¡La vimos juntos!

MAT. ¿Cómo juntos?

ATAULFO Usted desde el palco entresuelo número cinco... Yo, desde una butaca de la fila doce... ¡Oh, butaca adorable, porque estando sentado en ella la conocí á usted... ¡Y la contemplé durante toda la representación!

MAT ¡Caballero!

ATAULFO ¿No me cree usted? Prueba al canto: llevaba usted aquella noche un vestido color malva con encajes en las mangas y en el cuello...

MAT. (Complacida.) ¡Exacto!

ATAULFO No llevaba usted sombrero... Simplemente una mariposa de tul, había ido á posarse so-

bre la oscura flor de su cabellera. (Al decir esta frase, Redecilla pasa por detrás de Matilde y adelántase de nuevo por la izquierda.)

MAT. (Algo inquieta pasando á la derecha.) Pero, caballero...

ATAULFO ¿Es exacto lo que digo?

MAT. Continúe usted.

ATAULFO ¿Quiere usted que le diga lo que hizo usted durante toda la noche?

MAT. Es fácil de adivinar. Escuchar la comedia. (Se sienta en el sofá.)

ATAULFO Sí. Lo que hizo usted durante el primer acto, lo ignoro. Porque aún no existía usted para mí.

MAT. ¿Cómo?

ATAULFO Nació usted en el primer entreacto. Durante el segundo acto se rió usted cuarenta y ocho veces.

MAT. ¿Las contó usted?

ATAULFO Cuarenta y ocho, que se distribuyen así: quince sonrisas leves; veinticuatro risas de conejo, y nueve carcajadas... ¡Qué lindos dientes enseñaba usted al reir! ¿Quiere usted más detalles?

MAT. No; me basta con esos. (Levantándose.) Estaba yo muy lejos de pensar, lo confieso, que se me vigilase tan estrechamente.

ATAULFO ¿Vigilada? No; contemplada, adorada... acariciada con la vista...

MAT. (Pasando á la izquierda.) Va usted un poco lejos...

ATAULFO No tan lejos como yo quisiera... ¡Si me hubiese usted visto á la salida dándole besos al guante que usted se dejó olvidado en el palco!...

MAT. ¿Eh?...

ATAULFO El guante que, hasta hoy, no se había separado un momento de mí... y que hace un rato, inadvertidamente, en el calor de una discusión, le arrojé á la cara á Perotín, el cual se lo guardó...

MAT. (Dando un grito.) ¡Ah... vamos!... Por eso lo tenía él en uno de sus bolsillos.

ATAULFO Sí. Y con la esperanza de volverla á encontrar á usted, me he pasado estos quince días yendo de teatro en teatro y de cine en cine.

MAT. (Compadecida) ¡Pobre señor!

MAR. (Entrando por la derecha.) ¡Las seis y cuarenta y ocho! (A Redecilla.) Le quedan á usted tres minutos nada más... (Matilde, Redecilla, Mariano.)

MAT. ¿Tres minutos? ¿Para qué?

ATAULFO Para obtener de usted el sí...

MAT. ¿Cómo?

MAR. ¡O le salto la tapa de los sesos! (Señalando á Redecilla.)

MAT. (Pasando al centro.) ¿Mi marido este caballero? ¡Pero, eso es una insensatez!... ¡Una locura!

MAR. Ese matrimonio—de tiro rápido—es la única manera de convencer á mi mujer...

MAT. ¿No comprende usted que es imposible? Busque usted otro medio...

MAR. Lo he buscado y no le hay... ¡Redecilla, un minuto!

ATAULFO ¡Señores viajeros al tren!... Señora...; me va la pelleja...; ¿quiere usted hacerme el favor de otorgarme su mano.. ó tendré yo que otorgar testamento?

MAT. ¡No, señor!

MAR. (Aparte.) ¡Eso lo veremos!

ATAULFO (Levantándose muy tranquilo.) Perfectamente. Puesto que usted no me quiere, moriré gustoso pronunciando su nombre adorado.. ¡Matilde!... ¡Matilde!

MAR. ¡Las seis cincuenta!

ATAULFO (Arrodillándose.) Estoy dispuesto á morir. (Levantando los ojos al cielo.) ¡Matilde! ¡Matilde! (Mariano saca un revólver del bolsillo.)

MAT. (Horrorizada.) ¡Señor Perotín, por Dios! ¿Qué va usted á hacer? Escúcheme usted... El señor Redecilla, no me es del todo antipáti-co...

ATAULFO (Con alegría.) «¡Aún queda el último grano en el reloj de mi vida!»

MAT. Pero, déjeme usted algún tiempo para reflexionar...

MAR. (Muy flemático.) Concedido. ¿Le basta á usted una prórroga de... tres minutos?

MAT. Tres semanas al menos... Tres meses...

MAR. ¡Imposible! Y mi mujer entretanto en Badajoz... ¡No puede ser!

ATAULFO (Con los ojos en las bambalinas.) ¡Matilde!... ¡Matilde!... (Mariano apunta á Redecilla.)

MAT. (Lanzando un grito.) ¡No tire usted! (Con voz desfallecida y cayendo desplomada sobre una silla.) ¡Señor Redecilla, esta es mi mano!

ATAULFO (Desmayándose.) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Perotín! (Cae sobre otra silla.)

(Mariano adopta una actitud de triunfo. Forman grupo un instante: Mariano enmedio, Ataulfo y Matilde desmayados sobre sendas sillas.)

MAR. ¡Por fin! (Entra Mercedes en traje de marcha. Pasa entre la chimenea y el sofá y se dirige hacia el foro. Un maletín en la mano.)

ESCENA XVIII

DICHOS y MERCEDES

MAR. ¡Merceditas!

MER. Es inútil, caballero. Salgo para Badajoz...

MAR. Antes contempla este cuadro. ¡Pronto, un cura!

MER. (Asustada.) Pero, ¡cómo! ¿Se mueren... los dos?

MAR. ¡Se casan!

MER. ¿Se casan? (Desconfiada.) ¡Ah, vamos, sí!.. ¡Otra comedia!

MAR. ¿Una comedia casarse? ¡Un drama espeluznante! (Zarandeando á Redecilla.) ¡Redecilla!... ¡Redecilla!...

MER. (Golpeando en la mano á Matilde.) ¡Matilde! ¡Matilde!

MAR. (Obligándole á ponerse en pie.) ¡Redecilla! ¡Firmes!

MAT. (Volviendo en sí.) ¡Mercedes!

MER. (Desconfiada.) ¿Es de veras?... ¿Pero, es de veras? ¿Te casas con Redecilla?

MAT. Sí... puesto que es el único modo de convencerte de que... no tengo nada que ver con tu marido..

MER. (Confusa.) ¡Mariano mío!... (Interrumpiéndose.) Pero, no; antes de pedirte perdón deja que le devuelva á este caballero el guante culpable de tanto disgusto... (Abre el maletín y saca un guante de caballero, que le tiende á Redecilla.) Tome usted, caballero...

ATAULFO (Con júbilo.) ¡Ah, señora! .. (Coge el guante y ahoga

un grito.) Pero, este no es el guante... Matilde!. Es un guante de caballero...

MER.
MAT. } (A la vez.) ¿Cómo? ¿Qué?
MAR

MAR. (Fingiendo recelo.) ¿Un guante de caballero en su maletín?... ¿Qué significa esto, señora?

MER. (Confusa un momento. Después riendo.) ¡Seré tonta! ¡En mi precipitación dejé el guante de Matilde en mi cuarto y cogí uno de los tuyos!

MAR. (Aparte.) ¡Espérate un poco... (Alto.) ¿De veras? ¿Me supone usté tan cándido que vaya á creerme eso?

MER. Pero, mira, hombre de Dios... Es tuyo este guante.

MAR. Señora, á otro perro con ese hueso... Todos los guantes se parecen... ¡Usted tiene un amante!

MER. ¿Yo?

MAR. ¡Sí!

MER. Pero, ¿hablas en serio?

MAR. ¡Adiós, señora! ¡Hasta nunca! Yo también me voy á Badajoz.

MER. ¡Pero esto es horrible! ¿Creerme capaz?... ¡Matilde! ¡Señor Redecilla!... Ayúdenme ustedes... Díganle... (Mariano, por detras de Mercedes, les hace señas que no.)

MAT. ¿Qué quieres, hija?... Cuando un marido se encuentra un guante de hombre...

ATAULFO ... En el maletín de su mujer...

MAR. La cosa está bastante clara. . ¡Adiós!

MER. Pero, si ya te he explicado lo ocurrido... Es un error... un descuido... Te digo la verdad...

MAR. Yo también te la decía, y no me querías creer.

MER. ¡Ay, Dios mío!... (Lloriqueando.)

MAR. Grandísima boba, ¿no ves que es una broma? Trae mi guante... ¡Pero que te sirva de lección!

MER. ¡Marianito, Marianito!... ¡Cuánto te quiero! Te aseguro que esta vez me has curado para siempre!

MAR. ¡Júralo!... ¡Delante de todo el mundo! (Señalando al público.)

MER. (Con timidez.) ¿De todo el mundo? No me atrevo...

MAR. ¡Es preciso!

MAT. }
ATAULFO } ¡Preciso!

MER. (Adelantándose y extendiendo la mano hacia el público.) Entonces... Público respetable, juro que se acabaron para siempre LOS CELOS DE MERCEDITAS.

MAR. ¿Para siempre? ¡No por Dios; que se repitan mañana!

TELON

Precio: UNA peseta